

## ¿ ni pies ni cabeza?

Las piezas de José Zugasti que componen esta muestra denominada enigmáticamente *Ni pies ni cabeza* han experimentado importantes cambios con relación a sus inmediatas predecesoras. Los más evidentes tienen que ver con el color y el tamaño, así lo que entonces se podía abarcar haciéndole un sitio en el regazo para recibirlo con gesto de abrazo, de apretujón amistoso- había mucho de amigable en aquellas filigranas de mariposa que se hubiera vuelto geométrica- necesita ahora rodeo y distancia.

Por otra parte, lo blanco, por no decir lo invisible, ya que José parecía querer vaciar el aire y borrarle la presencia del objeto a fin de que sólo quedase el hueco sutil de los alambres- en eso termita que logrará exponer las cavidades secretas de la estructura, el envés de la caverna que sus poderosas mandíbulas oxiacetilénicas habían ido vaciando-, Se ha vuelto pesimismo, negrura viscosa. Porque nos hayamos frente a texturas, nos vemos confrontados al tacto entre áspero y aceitoso del espeso pigmento que baña más que cubre el grueso hilo de acero. Y, con todo ello: color, tamaño, rugosidad, las esculturas han retornado al suelo desertando peanas y paredes. Se han precipitado a tierra como si se hubieran caído. Y no es casual, como tampoco lo es que se hayan desmadejado. Las piezas anteriores se construían a base de imbricar- formas- semi-antropomorfas, semi- geométricas- hasta conseguir un trazo continuo que podía ser reseguído con el dedo como se resigue el hilo que le saca a uno del laberinto. En cambio, ahora las piezas constan de dos partes independientes y claramente definidas: por un lado está la estructura ortogonal que parece sugerir un jirón de arquitectura, por otro, la madeja negra que espiral tras espiral traza un tubo aplanado que busca el apoyo casual en el fragmento arquitectónico, como si se hubiera visto proyectada contra él por un impulso descomunal que la hubiera arrancado del organismo al que pertenecía- sólo puede tratarse de una espiral orgánica, tozudamente ADN en su blandura y oposición a las aristas- y se hubiera quedado allí adherida totalmente por azar.

Dado el carácter renegrido del despojo bien podría deberse a una explosión.

Hablaríamos entonces del violento estallido que destruye los cuerpos lanzándolos, ya no otra cosa que sombras funerales, contra un segmento anónimo de fachada, un pedazo de escalera, un bordillo.

Puede, sin embargo, que consista en otra cosa, pero entonces, ¿ porqué el nudo en la garganta, copia del homólogo que yace ahí desparramado, sin pies ni cabeza? ¿Por qué la sensación de que la piltrafa que ahí se retuerce en volutas de vida carbonizada no hace sino denunciar la infamia?

JAVIER MINA (Para el catálogo de la muestra en la sala de cultura Carlos III, **Universidad Pública de Navarra** \_ C.A. de Navarra 1999